



NUM. 116

BARCELONA, 27 JULIO 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



PERFILES COMICOS

PEDRO DE ROJAS

Como todos los artistas que valen, Rojas sintió desde muy niño verdadera pasión por la carrera, en la que andando el tiempo había de conseguir merecido renombre. Apenas tenía nueve años, cuando había ya alcanzado envidiables notas y algunos premios en el Fomento de las Artes de Sevilla; y poco más de trece contaba, cuando en la Academia de Artes y Oficios, estudiando bajo la dirección de don Francisco Javier Américo, lograba por su laboriosidad y aptitud, medallas de plata, diplomas y recompensas en metálico, ganadas todas por oposición.

Estas fueron sus primeras victorias. Rojas, á haber continuado cultivando el dibujo serio, estaba destinado á conseguir las mayores, como lo prueba el hecho de obtener medallas de bronce en la Exposición de Barcelona. No le faltó apoyo para llegar á la meta, pues por su aplicación, mereció ser pensionado por la Reina Regente para que siguiera sus estudios pictóricos. Pero, como Ramon Cilla, Rojas abandonó los pinceles por el lápiz, y perdiendo la pensión con que la munificencia régia le favorecía, se dedicó á la caricatura política, para la que tuvo desde muy joven, grandes condiciones. Esta desviación de su carrera artística le dió pronto popularidad; pero también le proporcionó muchos disgustos y alguna persecución, porque su lápiz, intencionado como pocos, expresa en cuatro rasgos lo que vedado le está decir á la pluma. Por cierto, que en un juicio oral, en el que fué absuelto, le ocurrió un incidente curioso. Al hacer correr el Presidente de la sala, entre los señores jurados la caricatura que había originado el proceso, no pudieron menos de reir estrepitosamente, por lo cual el digno magistrado tuvo que llamarles al orden. Mas terminada la vista, y dictada la sentencia, el Presidente, saludándole jovial, le dijo:

—Enhorabuena, señor Rojas, ahora me toca reír á mí.

No porque Rojas se dedicara do lleno á la caricatura política, desdénó la literaria. Prueba de ello, las festivas ilustraciones, historietas y demás trabajos análogos que constantemente aparecen en las revistas ilustradas que en nuestro país se publican, y en algunas extranjeras, entre las que recuerdo *Fliegende Blätter* de Munich, *Pick me ups* de Londres, y *Magyar Szalou* de Buda Pest, en las que con frecuencia colabora; pues el nombre de Rojas ha cruzado la frontera, y con más motivo que la marca comercial de cierto papel de fumar, puede decir envanecido: «Mi fama por el orbe vuela». Los dibujos



de este popular artista, que dicho sea de paso, con igual facilidad é ingenio, maneja el lápiz que la pluma (algunos artículos literarios firmados con su nombre lo demuestran), son siempre correctos, intencionados, y tienen personalidad propia, porque aun sin firmar, basta verlos para saber la fábrica de donde proceden. Tal vez algunos los til-



den de tener corte extranjero y esto en vez de perjudicar á su autor, le favorece, porque demuestra que ha estudiado lo que fuera de España se hace en este difícil género, que muchos cultivan y contados consiguen dominar, por ser pocos los que aciertan á adaptarlo, sin caer en la vulgaridad, al medio ambiente en que viven.

Así se explica la aceptación que obtienen en otros países las caricaturas de Rojas, que sin dejar de ser españolas tienen cierto *chic* de buen gusto propio de ellos.

A pesar de esto, Rojas es sevillano, y sus rasgos de ingenio tienen la sal de su privilegiada tierra. No quiero privar á mis lectores de uno. Cuando en los prime-

ros años de su carrera, ya establecido en Madrid, pintaba lienzos al óleo, fué á visitarle un rapa-barbas paisano suyo, hombre muy devoto, con el objeto de que le hiciera la imagen del venerable Simon de Rojas.

—Admito gustoso el encargo, —le dijo nuestro dibujante, —por tratarse de un antepasado mío.

Pocos días después, Rojas le entregaba al rapa-barbas el lienzo encargado. ¡Pero oh decepción! Cuando nuestro artista esperaba la enhorabuena por su obra, que creía acabada, el bueno del sevillano, que no se mordía la lengua, le dijo con guasa:

—Amiguito, se conoce que no ha visto usted nunca á su pariente.

—¿Por qué? —le preguntó Rojas sorprendido.

—Porque lo ha pintado con barbas y el santo no las tenía.

—En ese caso en usted está el remedio, —añadió Rojas con mucha más guasa que la empleada por su paisano. —¿No es usted barbero?

—Sí, señor.

—Pues aféitelo usted.

Este rasgo retrata de cuerpo entero al dibujante ingenioso. Veamos ahora al hombre. Demócrata de corazón, Rojas ama al pueblo, y como buen hijo suyo sus campañas periodísticas tienen todas al triunfo de los ideales que por convicción profesa. Su plaza de redactor artístico de *La Correspondencia*, no le priva de colaborar en diferentes semanarios batalladores, que no es preciso cite porque son barto conocidos. Buen amigo y mejor maestro, sus discípulos tienen en él más que un profesor un compañero, y por servirles y abrirles camino es capaz de revolver Roma con Santiago. Algunos de verdadero mérito, como Poveda y Arveras gozan ya de nombre, y gracias á las recomendaciones de su maestro, que atienden siempre las empresas editoriales, tienen abiertas las páginas de muchas revistas ilustradas. Modesto en sus costumbres, Rojas viste con cierto desaliño de buen gusto, sin caer en la exageración, rayana con el desasosco, que en cuestión de indumentaria, caen siempre los artistas bohemios.

Hombre de nuestros días, siente por el *sport* gran afición, y la bicicleta y la caza son los recreos con que distrae sus horas de ocio. La raza canina tiene en Rojas un protector y

amigo, y por su gusto, si fuera hombre adinerado, tendría en su bogar una colección de perros de diferentes castas. Joaquín Dicienta le regaló acompañado de una chispeante carta en verso, un danés, al cual distingue con todas las consideraciones que se pueden tener... á un canino. La afición á la bicicleta le ha proporcionado á nuestro dibujante merecidos trinos, pero también algunos descabros, de las que conserva señales evidentes en el rostro. Cuando por iniciativa de la prensa verificáronse unas carreras para allegar recursos á la Cruz Roja, en competencia con los mejores ciclistas, Rojas obtuvo el primer premio. En cambio, en cierta expedición que hizo con algunos compañeros de *sport* estuvo á



punto de perder la vida. Hallábanse almorzando en el campo, á la sombra de unos olivos, y á propósito de la velocidad, recayó la conversación acerca de las leyes del movimiento. Uno de los expedicionarios, que como el personaje de *La piel de zapa*, de Balzac, no acertaba á definir las, estaba divagando sobre dicho tema, cuando de repente montando Rojas en su bicicleta exclamó



—Amigos míos, como dijo alguien, el movimiento se demuestra andando.

Y empezó á correr con tal precipitación, que fué á dar con su cuerpo en un barranco.

Cuando los amigos acudieron en su auxilio, lo hallaron con la cara bañada en sangre y el cuerpo magullado.

—¿Cómo estás?—le preguntaron.

—¡Ay, amigos míos!—les respondió Rojas lanzando un suspiro.—Hecho un conclave: lleno de cardenales.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE

¡MI MUERTA!

¡Hoy hace tres años
que no he vuelto á verla!
¡tres años cabales que está mi Eloísa
debajo de tierra!
¡Ya nadie la llora
más que yo; yo solo,
ya nadie se acuerda de la pobre muerta,
la olvidaron todos!
¡Qué pena, Dios mío...
que pena tan grande,
diez años de vida diera yo por verla
siquiera un momento, siquiera un instante!

La ví aquella noche
metida en la caja;
los ojos cerrados, haciéndole sombra
sus negras pestañas
sobre el rostro amarillo é inerte,
la boca entreabierta,
las manos cruzadas
y el cabello cayendo en sus hombros
parecía una imagen, parecía una santa.

¡Qué cambio tan grande,
cuanta diferencia
de esta triste noche á la alegre tarde...
á la tarde aquella
que fui á su casa
y la hallé á mi paso
y sentí... yo no puedo decirlo,
no puedo explicarlo!

Desde entonces sufre
cual no sufrió nadie;
yo era pobre, su padre era rico,
en nada, á Eloísa, podría igualarme.
Se casó con otro
á poco de aquello,
pero aquel infame no la quiso nunca,
lo afirmo, lo pruebo.

El querer, si es puro,
á la cara asoma
y él no se ponía delante de ella
como una amapola,
ni sentía frío
cuando lo miraba,
ni estuvo á su lado cuando estaba muerta
dándole compañía,
ni va al Cementerio
á llevarle flores...
eso no es quererla, yo sí la quería,
yo he puesto su nombre
de la orilla del río, en la arena,
en el tronco de todos los árboles,
en las rocas de duro granito,
en las verdes hojas del lirio del valle.

¡Yo sí la quería
como quiero el roble
á las aguas del manso arroyuelo,
como quiero la abeja á las fieras!

¡Hoy hace tres años
que no he vuelto á verla!
¡tres años cabales que está mi Eloísa
debajo de tierra!

Ya nadie la llora
más que yo; yo solo;
ya nadie se acuerda de la pobre muerta,
¡la olvidaron todos!
¡Hoy hace trea años que bajó á la tierra!
¡hoy hace tres años que me estoy muriendo,
muriendo de pena!
¡Hasta las alondras
parece que gimen!

¡Qué triste está todo desde que ella falta!
¡qué triste está todo! ¡qué triste! ¡qué triste!

GABRIEL AGUILERA

COBAS DEL DÍA

Ha fallecido en Madrid el distinguido escritor y antiguo funcionario D. Francisco Luis de Retes, que en otros tiempos alcanzó brillantes éxitos como autor dramático.

Nació en Tarragona el 28 de diciembre de 1822; y, si no andamos equivocados, era su apellido verdadero el de *Retés*, que convirtió en el que llevó después. Entre sus obras, escritas casi todas en colaboración con el señor Echevarría, fueron muy aplaudidas *El Hereu*, *Lo que vale el talento*, *La Beltraneja*, etc., todas en verso.

También compuso el Sr. Retes una *Letanía poética*.

Fué empleado desde su primera juventud hasta que quedó jubilado. Descanse en paz.



† D. FRANCISCO LUIS DE RETES

Podremos carecer en España de muchas cosas esenciales, pero a Dios gracias, no parece que debamos quejarnos nunca por falta de buenos oradores. Entre este número es cotizado, desde ahora, el joven diputado republicano D. Melquíades Álvarez y González, que tanto se lució al tomar parte en el Congreso en la discusión sobre el clericalismo. El Sr. Álvarez nació en Gijón el 9 de diciembre de 1861; cursó en el Instituto de Jovellanos, de aquella ciudad y se graduó de licenciado en Derecho en la facultad de Oviedo, graduándose después de doctor, cuyo título obtuvo por oposición, en la Universidad Central.

Establecido en Oviedo, vió muy pronto acreditado su bue- te; pero su verdadera vocación era la enseñanza; hizo pues oposiciones á una cátedra de Santiago, y después á otra de la Universidad Central, y hubiera sin duda ganado esta última á no ser por las intrigas de los Pidales. En 1899 hizo oposiciones de Derecho Romano en la facultad de Oviedo, y gracias á la enérgica intervención del Sr. Azcárate, no consiguió el marques de Pidal arrebatársela.

Dos veces se presentó diputado por Oviedo D. Melquíades Álvarez, y las dos fué derrotado por los Pidales, hasta que por fin ha conseguido ahora lo que más podía disgustar y perjudicar al señor marqués y á D. Alejandro, que es santarse en el Congreso.

Esta ojeriza de los Pidales contra D. Melquíades Álvarez no se explica sino por la soberbia caciquil, pues el joven diputado por Oviedo no tiene nada de radical, y constituye por decirlo así la extrema derecha de la minoría republicana, apreciando la cuestión clerical con un criterio que no tiene el menor punto de semejanza con el de los señores Blasco Ibañez, Soriano y Lerroux; y aun podría decirse lo mismo de su oratoria, inspirada evidentemente en la de Castelar.

¡Qué hombres, Señor, que hombres! Un día sale Moret, y cogiendo el rábano por las hojas, se atreve á decir, sin que se levanten hasta las piedras del Congreso que el Espíritu Santo dotó á los apóstoles de la lengua universal, esto es, de una especie de *volapirk* ó *esperanto* en lugar de decir que les había comunicado el *don de lenguas*, y en la sesión en que hablaron los diputados regionalistas, va Sagasta, y en vez de combatir el catalanismo ó el regionalismo, ataca furiosamente á Cataluña, que era precisamente lo que buscaban los catalanistas, los cuales, claro está, se bañaron en agua de rosas.

Entre esas lamentables equivocaciones, el dique de la Habana, el tercer depósito... y otros meteoros y rápidos estamos mejor que en el país de los Nyams-Nyams.



D. MELQUIADES ALVAREZ

MIQUEL MAULEON

Ayuntamiento de Madrid

Pasó una semana, durante la cual no faltó ni un sólo día en la mesa el plato de cocada, siempre en su punto, ni faltaron las seducciones de la niña mayor, siempre oportunas.

El general tuvo que marcharse, y se despidió diciendo a las dos preciosas hermanas:

—Voy a hacer todo lo posible para enviar a ustedes sendos maridos que valgan la pena.

Pocos días después, el general escribió a su amigo: «Envíame el retrato de tus dos hijas y la receta de la cocada.» Pasaron tres meses, y el general volvió a San Antonio y a la casa de su amigo.

—Vengo,—dijo,—a refirir a esta pícara cocinera, que se ha burlado de mí. Ni un solo día he dejado de hacer el plato de cocada, durante un trimestre, y jamás me ha salido bien: por fuerza tiene algún error la receta.

—Mi hija es incapaz de burlarse,—dijo el papá,—ahora vas a ver, prácticamente, que la receta no está equivocada.

—No te ofendas,—respondió el venezolano:—me basta con que tu hija asegure que no se equivocó...

—Ahora mismo hará ella un plato y tú harás otro.

Lo hizo el general, ateniéndose a la receta, y le salió un buñuelo. En seguida lo hizo la niña, y resultó el plato en su punto, sin variar ni en un ápice la receta que había servido de norma al general. Este se quedó meditando, y dijo filosóficamente después de algunos instantes de reflexión:

—Por lo visto, no depende de la receta: depende de las manos.

Luego, dirigiéndose al padre, añadió:

—Yo no puedo ya resignarme a comer sin cocada. Y esto no tiene más que un remedio: me caso con tu hija.

Y se casaron.

Al terminar la ceremonia, dijo el general a la niña mayor:

—Ahora me dedicaré con todas mis fuerzas a buscarte otro general. Confieso que me habías gustado muchísimo, mucho más que tu hermana: pero la afición al dulce me ha obligado a cambiar de frente. Moraleja: nunca está demás que las jóvenes sepan hacer un plato especial con la gracia que suele otorgar Dios a las cocineras bonitas.

Un mes permaneció el general en San Antonio, entregado a la luna de miel y al plato de cocada que no faltaba nunca en la mesa, ¡siempre en su punto!

Luego, se fué con su mujer a Venezuela, y este vinje resultó lleno de miel para su estómago, porque pasó dos meses sin probar la cocada. La niña menor del mejicano se cortó un dedo al llegar a Maracaibo y ya no pudo meterse en la cocina para confeccionar el plato favorito de su esposo. La cortadura del dedo se encontró de una manera singular: a los sesenta días de padecimiento y cuando ya iban a reunirse en consulta los principales doctores del país, el dedo se declaró útil con sincera espontaneidad.

—¡Gracias a Dios!—exclamó el general venezolano,—por fin voy a comer hoy la cocada». Mas ¡oh desdicha! La cocada resultó mal. Y se repitió la desgracia ocho días seguidos.

Al noveno, la hija menor del mejicano se arrodilló a los pies del general pidiéndole perdón y llorando a mares. «—¿Por qué me pides perdón?—preguntó el esposo, un tanto escamado». «—¡Porque yo no sé hacer la cocada!». «—¡Cielos! ¿Pues quién la hacía cuando yo estaba en San Antonio?». «—¡La cocinera!». «—¿Aquella negra vieja que parecía un orangután?». «—¡Sí!». «—¡Pero tú hiciste la cocada delante de mí, cuando yo fui a quejarme de la receta! ¡Y te salió bien!». «—¡Por casualidad!». El general se desmayó.

FABRICIO





G. Simoni: LA RIÑA

Ayuntamiento de Madrid

LAS QUINTAS D VENTURA

Á MI BUEN AMIGO D. LUIS GOIRI KIZAGA

Volviendo yo una noche de una verbena,
vi sola á una muchacha y me dió pena:
ofrecila mi brazo, vine con ella,
y aunque noche oscura la juzqué bella.
A los cinco minutos ya la decía
de buenas á primeras que la quería;
ella á mis chicleos no dijo nones
y... ¡quedaron sentadas las relaciones!
Me juró por su nombre, que era Ventura,
lo que en estos momentos siempre se jura;
amor cual ningún otro hubo en el mundo,
de todos los amores el más profundo;
y que á buenas ó á malas ella sería
para mí solo, solo, desde aquel día.
Hablabamos muy cerca, y en dulces giros
venían á mezclarse nuestros suspiros.
Y hasta hubo... ¡no alarmarse! cierta diablura,
que á todo convidaba la noche oscura.
Y sin lograr entonces ver que tal era
la que encendió en mí pecho tan grande hoguera,
la despedí, diciendo con alegría:
«—¡Tú serás mi ventura, Ventura mía!»—

En el día siguiente, muy de mañana,
abandonando el catre de mala gana,
sólo por conocerla salí deprisa
á ver á mi Ventura marchar á misa.

Y en franqueza, señores, sentí gran pena
al mirar la conquista de la verbena;
su talle primoroso, linda cintura,
y ¡qué pies tan bonitos los de Ventura!
Su cutis parecía de terciopelo
y era largo y sedoso su negro pelo:
además parecía sencilla y lista:
(hasta aquí las bellezas de mi conquista).
¿La cara? Cual su cara no ví ninguna:
era... ¡me da vergüenza! bastante hombruna.
La frente muy espaciosa, llena de arrugas;
la nariz grande y fea con tres berugas.
Los ojos entre azules y entre verdosos
que miraban á veces muy maliciosos:
su voluptuosa boca, vamos, ¡qué rica!
¡la de un buzón al lado fuera muy chica!
Para verle ¡ay, que boca! ¡me daba el opio!
no había que servirse del telescopio.
Y así con todo esto era Ventura
sólo digna de verse de noche oscura.

Solhando con el día de ser mi esposa,
conmigo siempre estaba muy cariñosa:
nuestro amor ya duraba casi un bienio,
y me entero que gasta la niña un genio...
que casi era insufrible, que aquello era
no como yo creía sino una fiera:
que á sus padres traía desesperados:



¡qué á ella y á mi querian vernos casados!
 Esto no pude creerlo: lo tomé á guasa;
 pero á los pocos días iba á su casa
 y veía llorando mi desencueto,
 que cuanto me contaban era muy cierto.
 Desde entonces rabiaba por encontrarme
 con cualquier excusilla para largarme:
 pero marchaba el tiempo é iban, señores,
 cada vez en aumento nuestros amores,
 haciendo más difícil, por consiguiente,
 navegar con brabura contra corriente.
 Entonces yo maldije con honda pena,
 de la fácil conquista de la verberna.
 Juré no hacer el oso á troche y moche...
 y con mucho cuidado si era de noche;
 y más si es intempesta ó tan oscura
 que, en vez de ventura halle mi desventura.

En la pequeña y pobre secretaría
 del pueblo en que mi hombruna novia vivía,
 se presentó una tarde la tal Ventura
 llamándole al alcalde con gran premura.
 Apareció en la sala el buen sujeto
 que era hombre que inspiraba mucho respeto,
 y al preguntar galante que se le ofrecía
 le respondió la niña con osadía.
 —¿Pero usted que ha creído, que se figura?
 ¿Qué iba usted á reírse hoy de Ventura?
 Quedó al pronto el alcalde perplejo y mudo:
 luego la dice: —Ignoro que es lo que pudo...
 —¿Con qué se hace usted el tonto?— dice la chica:
 —¡Señora!—habla el alcalde,—si no se explica...
 Y mostrando ella el pliego de llamamiento
 enviado para hacerla su alistamiento,
 el día que cumplía diez y ocho abriles,
 le dice ella con tonos muy varoniles:
 —¿Soy mujer ó soy hombre?—y tal decía
 que alborotó la dicha secretaría;
 y añadió: —Son yo creo cosas distintas
 para hacer que me obliguen á entrar en quintas.
 Examinó el alcalde el llamamiento
 que mostró mr adorado, dulce tormento;
 y comprendió al instante que siendo el nombre

común al bello sexo como al del hombre
 en él estaba todo, y en tono frío
 dijo: —Sí, ya comprendo todo este lío.—
 Y llo en un principio tan inocente,
 no podía arreglarse muy fácilmente:
 quisieron alistarla como recluta...
 y hubo que hacerla luego, no sin disputa,
 y ante un público inmenso, muy numeroso,
 ¡un reconocimiento muy escrupuloso!

Yo muerto de vergüenza hoy todavía
 no he vuelto por su pueblo desde aquel día:
 mas se que si me pesca ¡ay! por su cuenta,
 me da dos puñetazos que me revienta:
 ¡Sí! ¡Qué razón tenía su ayuntamiento
 en enviarla de quintas el llamamiento!

VICTORIO DE ANASAGASTI

UN ENCUENTRO

El tren se detuvo el tiempo reglamentario en el Escorial: minutos. Sabieron á compartir el departamento en que iban Mercedes y sus hijos, un fraile agustiniano, que se acomodó sossegadamente en un rincón, dos señoras que antes de sentarse distribuyeron balijas y cestas por aquí y por allá, y un caballero muy arrebujaado en su manta de viaje, el cual apenas se vió dentro dejóse caer en el diván, sin disimular un gesto de cansancio.

El fraile que le observaba recogerse en su manta, sospechó que tenía por vecino un enfermo.

—Si le molesta á usted el aire de la noche, cerraré,—dijo le con deferencia, tomando el asidero del cristal.

—No, señor, no. Al contrario; en un espacio reducido me ahogo. Muchas gracias de todos modos.

La voz del viajero, grave y desfallecida, despertó á Mercedes que dormitaba en otro rincón del coche. Á su lado y hombro con hombro, dormían sus hijos: una niña rubia como de tres años de edad, y un varoncito mayor que su hermana. El chiquillo hubiera sido guapo á no afearle dos orejas enormes, dos monstruosas orejas que adheridas al rostro de una criatura alejaban toda idea de ridículo, inspirando más compasión que ganas de reír.

Desazonada por la voz del viajero enfermo, Mercedes no logró conciliar de nuevo el sueño. Si despreczaba su pensamiento en la quietud de las cosas exteriores, disponiéndose al árduo trabajo del recuerdo. No poseía otro indicio que el timbre de aquella voz, y su curiosidad en acecho, rastreaba datos, fechas, nombres y circunstancias de su propia vida, como si la reconstrucción mental de lo pasado debiera procurarla lo que buscaba. La primera vez que miró soslayadamente al viajero, solo acertó á distinguir sus ojos en la penumbra del coche; unos ojos negros, grandes, que lucían con el brillo de la calentura. Lo demás de su persona borrábase en el fondo del vagón.

En Valladolid bajaron las dos señoras, y el agustino se apeó en Medina. Iba la noche de venida. Mercedes imaginó que la claridad del amanecer lle-

gaba á la tierra con estudiado retraso, como si el cielo gozase en prolongar su inquietud. Por distraer su impaciencia asomose á la ventanilla, y el aire clemente de los campos castellanos le trajo un alivio, breve tregua para su zozobra.

Proseguía su pensamiento en la tenaz exploración de lo lejano, y entretanto el día llegaba. Un amanecer campesino, sereno, alegre, cándido, como nos figuramos los primeros días de la creación. Volvióse Mercedes recordando que el traqueteo del tren no la permitía oír si se quejaban sus hijos, y al tiempo de volverse, su mirada afrontó la del viajero.

Ninguno de entrambos se cuidó de disimular su estupor. Ella, sentada, seguía escrutándole con embargada sorpresa. El, púsose rápidamente en pie, dejó resbalar la manta que le cubría los hombros y se adelantó á saludarla.

—La he reconocido á usted al momento,—dijo le trémulo de emoción. Y le alargaba la diestra, que Mercedes estrechó cohibida.

—Y yo también á usted á pesar de lo mudado que le noto. ¿Está usted enfermo acaso?—preguntóle con ingenua solicitud.

Hubo un silencio, que Mercedes no se atrevió á quebrantar. El viajero se había sentado enfrente de ella y la miraba con infinita ternura, como se mira á las cosas queridas que nos han pertenecido.

—Me pregunta usted si estoy enfermo,—repuso al cabo de un rato,—y francamente hablando, le diré que no. Es un poco de debilidad que viene de la falta de apetito.

—Y de la mala vida,—interrumpió ella con jovialidad.

—Puede que tenga usted razón,—se apresuró á contestar él sin añadir palabra que tendiese á excusarle.—De todos modos, me curaré pronto. Á mi edad se recobran las fuerzas fácilmente.



—Y ahora, ¿va usted a San Sebastián?—interrogó Mercedes interesada en que no rodase la conversación por el cauce de las intimidades.

—Eso pensaba, pero los médicos me han impuesto otro viaje. Dicen que el clima de Panticosa es hoy por hoy el mejor tónico para mí. Y como estoy resuelto a ponerme bueno del todo, los obedezco.

Mientras él hablaba, hacía Mercedes un cotejo mental entre el Antonio Soria que ella había conocido y amado en otro tiempo, y aquel pobre enfermo que con tanto brío expresaba su fe en la curación. ¡Qué mudanzas! De la juventud osada, de la impetuosa vehemencia, del calor generoso que fecundiza los grandes amores, no quedaba sino aquello: un ser enteco que pasea entre Niza y Panticosa su ciega obstinación por vivir.

Y le parecía mentira que á la vuelta de ocho años de separación, hubiere dispuesto el azar aquel inopinado encuentro.

—Excúseme usted, Mercedes, si no la he preguntado antes por su esposo. ¿Está bueno?

—A reunirme con él voy. Se fué la semana pasada á Algorta. Hemos tomado allí unas habitaciones en alquiler con objeto de pasar todo el verano. Yo me quedé con los niños y una sirvienta que viene en otro coche.

Soria se fijó en las dos criaturas que aun dormían, enteramente acostadas ya, á lo largo del diván.

La niña le pareció una monería. El tipo del chiquillo sugirióle una reflexión amarga. ¿Cómo podía ser hijo de Mercedes? Aquellas orejas descomunales le hicieron pensar que la naturaleza no tiene maldito interés en que se perpetue la hermosura. Con que la especie viva le basta. El amor más exaltado y más profundo no es una garantía de la descendencia, y de un hombre y una mujer que se amen con locura puede originarse un ser deforme, sustancia extraña al sentimiento que fundió las almas de sus padres.

Esa consideración le entristeció. Por halagar á Mercedes, besó á los niños, cuidando de no desperdiciarlos, y en tanto que sus labios pagaban una deuda de amistad y afecto, una idea venía á su inteligencia. Y era que si los hijos procediesen del amor espiritual, él hubiera tenido de aquella mujer una prole numerosísima.

—Si estuviese en nuestra mano el vivir dos veces la misma vida,—exclamó Soria con visible emoción,—yo firmaría un contrato para no separarme de usted.

Ella sonrió con aire de incredulidad. No se le ocultaba que en aquel momento era Soria sincero; pero las circunstancias aconsejaban no tomar por lo serio sus palabras.

—Haría usted mal,—dijo en son de broma,—porque yo carezco de condiciones para hacerle á usted feliz. Nuestros caracteres son encontrados. Usted es un errabundo, la inconstancia andando, y yo muy estacionaria, muy casera.

En interno monólogo del alma, renovaba Soria las etapas de la mocedad feliz. El amor de los veinticinco años, férvido y generoso, con viva entraña sentimental ó ingenuos deseos de juntarse en intimidad solitaria, anhelo irrefrenable de eternizar en otros seres la común aspiración amorosa. Pensaba que el destino de un hombre está sometido á ciegas influencias, independientes de su voluntad, como la vida y la floración de los vegetales pende de las oscilaciones de la temperatura. Cíclico que Mercedes le había querido. No era menos verdad que él, fácil al engrimeamiento vanidoso, la había humillado delante de una mala hembra, quebrantando de un modo tácito el convenio matrimonial. ¿Pero tuvo él la culpa? ¿En qué medida fué responsable de que las cosas ocurriesen como sucedieron?

—Yo me acostumbro á todo. La prueba está en que desde hace un año llevo vida de hombre metódico. ¿Calcule usted que no haría viviendo á su lado!

Mercedes no supo que decir. El sesgo de la conversación empezaba á contrariarla. Hizo una de esas muecas ambiguas con que las mujeres afirman y niegan á un tiempo, y permaneció callada. Una circunstancia vino en su ayuda. La niña despertó, y como pidiera agua, su madre apresuróse á complacerla. Soria, encanflado con la chiquilla, no cesaba de hacerla preguntas y mimos. Sentada sobre las rodillas de Mercedes, la nena susurraba monosílabos, sin dignarse mirar al antiguo novio de su madre.

Avanzaba el tiempo aproximando el término del viaje. Una doble hilera de frondosos álamos que escoltaba al tren hacía ya largo rato, dió indicio á los viajeros de que estaban cerca de Miranda. Soria, asomado á la ventanilla, pensó involuntariamente en la separación. ¿Sería definitiva? Su mirada espa-



ciándose a la casualidad, se detuvo en un gran corro peñascoso, conglomeración de rocas peladas y estériles que aparecía sobre una de las márgenes del camino, distante una legua de la vía. El sol matinal no se desdoblaba, sin embargo, de besar aquellas cumbres ásperas que invitan a una vida de penitencia. En Miranda se despidieron más emocionados que nunca. Mercedes limitóse a los urbanos ofrecimientos de uso. Soria, excediéndola en sinceridad y efusión, puso en aquel saludo, que acaso fuese definitivo, toda su vida. Los niños, de pie en el andén, presenciaban la escena sin hostilidad. Antes de que arrancase el tren, Soria se aproximó nuevamente al coche para renovar su despedida, y los hijos de Mercedes, más generosos que su madre, le besaron.

Cuando el tren se puso en marcha, llevándose con aquella mujer los últimos reflejos de la juventud de Soria, este advirtió que el sol había dejado de acariciar la cumbre áspera del lejano cerro. Y aquel temporal oscurecer tomó a sus ojos una significación extraña, como si el cielo y la tierra le despidiesen con un adiós inexorables.

MANUEL BUENO

BELLAS ARTES



EL REY DEL DESIERTO, cuadro de J. Soven

Es la hora del crepúsculo. Por la vasta soledad del desierto no se divisa un solo ser animado; solo el león, con sus cachorros, se elevan sobre la planicie, a la indecisa luz del ocaso.

Sedienta la prole después del horrible calor del día refresca sus secas fauces en la charca, bajo la égida del poderoso padre, tierno y dulce como una paloma para ellos. Celoso de sus hijos observa con su penetrante mirada al rededor y presta oído a los rumores que vagamente se producen en la inmensidad arenosa. Sabe que el chacal acecha, que el leopardo husmea, que la pantera vigila, pero él solo se basta para luchar con todos. La frescura del agua ha templado el ardor que atormentaba a los cachorros, y la sombra que envuelve ahora al desierto les permite salir de la guarida donde han estado reclusos todo el día resguardándose de los abrasadores rayos del sol. Al lado del león se sienten seguros, y jueguetean y triscan con la alegría que presta la satisfacción de todas las necesidades.

EL
Sabid
acostu
cias ver
disolue
nuro, et
para
agua pu
cho reci
deos ha
en renu

Fué,
cierta fa
prar ma
cante fu
da, y
susodic
botella
carnada
trador
vino se
do inme
ro de p
ha prop
suesiv
pues p
querrá
azul.

DICO
Aber
Abog
cual se
Abon
para lo
Abati
á que
casade
Acres
Anac
perten
Anch
rrachos
Ange
apunte
Aspi
pulmon
gar m
Achi
ensala
Avel
quehas

El ál
GLO e
todos,
cada v
dinari
novela
LA IS

-Te
Com
cóm

HE

PEPITORIA

ORIGEN DE LA TOSSEBIL ECLESIASTICA

EL AZUL EN FARMACIA

Sabido es que hasta el presente se acostumbraba colorear las sustancias venenosas incoloras, como las disoluciones de sublimado, de cianuro, etc., con tintura de cochinilla, para que no se confundieran con el agua pura o destilada, pero un hecho recientemente acaecido en Burdeos ha sido causa de que se pience en renunciar á tal coloración.

Fué, pues, el caso que entró en cierta farmacia un individuo á comprar magnesia ó cosa así; el practicante fué á buscarlo en la trastienda, y como, al quedarse solo el susodicho sujeto reparase en una botella que contenía un líquido enarnado, que estaba sobre el mostrador sin tapar, creyendo que era vino se lo echó al colete, reventando inmediatamente, pues era cianuro de potasio! En su consecuencia se ha propuesto colorear de azul en lo sucesivo las disoluciones venenosas, pues por *cuidado* que se sea, ninguno querrá apéguchar con una bebida azul.

DICCIONARIO DE UN LOCO

Aberración.—La razón de los locos.

Abogado.—Hierro candente del cual se prenden los que se abogan.

Abonado.—Individuo desconocido para los diarios gubernísticos.

Abstinencia.—Práctica religiosa á que están sujetas las muchachas casaderas.

Acreedor.—El antipoda del deudor.

Anaes.—Cordillera acorazada que pertenece á la marina argentina.

Anchoa.—Aperitivo de los borachos.

Angel.—La mujer que nos lleva al apunte.

Aspiración.—Comprensión de los pulmones de los que pretenden llegar más allá.

Achicoria.—Gusto que tienen las ensaladas de verdades.

Avellano.—Arbol que produce pequeñas nueces y grandes nidos.

El último número de NUESTRO SIGLO es tan ameno y variado como todos, pero hay que decir que de cada vez más aumenta el extraordinario interés de la admirable novela que publica con el título de LA ISLA DEL TESORO.

—¿Qué quieres que te regale?

—Te será franca, monin.

Como padezco de callos, cómprame LADIVONSIM.

Sabido es que desde muy antiguo se practicaba en la primitiva Roma la trepanación, especialmente en la epilepsia, considerada como una enfermedad divina (*morbus sacer*). Esta operación tenía un carácter religioso y los que la habían sufrido felizmente pasaban por seres superiores amados de los dioses. Así, las rodajas craneanas quitadas por la barrena servían de amuleto, y de ahí quizá venga para nuestros eclesiásticos, según Bookworm, el uso de la tonsura.

PEQUEÑECES

Me dice, de gozo lleno, el pobre Julian Camacho, que lo nombrarán sereno; ¡y lo veo siempre borracho!

Le contaban á Mamerto que su primo Andrés Hidalgo, fuese al café á tomar algo, y volvió con un cubierto.

LUIS DEL ARCO

CHARADITA GRÁFICA



La solución en el próximo número.

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior.

ROMBO LOGOGRÁFICO



NICOLÁS
1 2 3 4 5 6 7

Jeroglífico.—Moneda.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

D. M.—Sólo insertaré un fragmento.

—Letras doradas may.

—¿Qué dicen?

—Yace

Aquí del Italia el Ray.

—R. I. P.

Y nada: R. I. P.

E. F.—Buenos Aires.—No puedo insertar tampoco más que uno de sus *canchales* burlescos:

Ca vez que la veo pasar por la sendica del gólio, me parece que banterrar mi corazoncito muerto.

E. C. B.—Usted, amigo querido, apunta bien: una da todavía, pero estoy seguro de que dará.

M. del R.—Madrid.—No está mal, pero estoy seguro de que la inmensa mayoría de los lectores de *Isis* encontrarán asombrosamente extraordinarios tales lamentos por la causa que los motiva. *Lamarline* en *Le Lac* buscó otra clase de protagonista.

L. E.—Valdepeñas.—Pues, amigo ¡está muy bien eso, y lo publicaremos!

P. C. P.—Barcelona.—Por el *flacc* que tengo por todo lo revolucionario no puedo resistir al deseo de insertar algo de su poesía, que introduce un verdadero trasero en las reglas de la Poética:

No quiero morir de lonta agolia y riendome partente á porfia, quiero hallar en mi muerte una alegría que jamás haya sentido todavía.

A mi lado no quiero en esta tostante persona que lioren lo bastante para hacer comprender con buen talento que mo lioran como á un Dios... errante.

Etcétera.

J. S.—Barcelona.—Su carta á Vital Asa no se ha publicado *aun* (pero se publicará) por falta de espacio, y como que jamás ha recibido recomendación alguna en favor de usted (por más que yo jamás atienda á ninguna recomendación, lo cual me cuesta muchas enemistades y odios) y que al la tal carta *fed* aceptada es porque realmente está llena de *sal* y es graciosa y culta y honra mucho á su autor. Y ahora, para terminar, usted mande, que tendrá mucho gusto en servirle.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSERTARSE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

IMPANTRECIMIENTO TIPOLOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA». PLAZA DE TETUÁN, 30.—BARCELONA

